



Comprensión lectora  
**Cuaderno de lecturas**

**6**



## ¿Por qué los elefantes y los caballos no pueden volar?

Un cuento popular nos habla de un época en la que los elefantes podían volar. Un día, un rebaño de elefantes, aterrizó en un árbol y una rama cayó sobre un mago que estaba descansando debajo. Se enfadó tanto que utilizó sus poderes mentales para quitarle las alas a los elefantes.

Otra historia nos explica que el primer caballo que existió tenía unas alas muy grandes, de los colores del Arcoíris, que le permitían volar. El caballo, un día, quiso hacer un concurso con los pájaros para ver quien podía volar más lejos. Para demostrar que sus alas eran mejores y más potentes, intentó volar hasta tocar el sol. Como se acercó demasiado, el sol le quemó las alas y se cayó al suelo. Desde entonces los caballos no tiene alas y no pueden volar.

# Los contenedores de reciclaje

—Escuchad, niños y niñas —nos dijo la señora Rosa—: estos son los nuevos contenedores de reciclaje. Cuando estén llenos los llevaremos al centro de reciclaje.

Sergio lavó un montón de botes de vidrio y los tiró al contenedor del vidrio. Marisa llevó de casa todos los diarios viejos que tenía. Juan pidió a sus vecinos todas las latas de refresco vacías que tuvieran y las llevó a la escuela. María recogió cartón...y así, cada compañero de clase colaboró llevando alguna cosa para los contenedores de reciclaje.

Tres días después, los contenedores ya estaban llenos.

—Gerard, Laura, llevad los contenedores hasta la puerta de la escuela, por favor. —dijo la señorita Rosa justo antes de salir— Mañana los llevaremos al centro de reciclaje.



Una hora más tarde, la señorita Montse pasó por delante de los contenedores y vio unos botes de vidrio muy limpios. “Estos botes irán muy bien para la Sala de Plástica”, pensó.

Al cabo de un rato, la señorita Carmen vio las latas de refresco y pensó, “Esto es lo que necesitamos para el proyecto de ciencias”.

Cuando pasó la señorita Mercedes y vio el contenedor del papel dijo:

—¡Diarios viejos! ¡Es fantástico! Ara ya podré hacer pasta de papel.

—Me irían muy bien los tubos de cartón para la próxima sesión con los de sexto—dijo el profesor Jorge, al ver como sobresalían del contenedor.

A la mañana siguiente, cuando llegaron a la escuela, todos los niños y niñas se llevaron una sorpresa: ¡los contenedores de reciclaje estaban vacíos!

—¡Es increíble! —exclamó la señorita Rosa—. Pero qué ha pasado con todas nuestras cosas. Bien, parece que tendremos que empezar de nuevo.

# Un día especial



**E**l sábado Pol se despertó nervioso, inquieto. Sabía que era un día especial. Pero por un momento no podía recordar por qué. Después de notar una especie de cosquillas en el estómago, se acordó. Hoy a las diez de la mañana podría saber, de una vez por todas, cómo acababa la serie de Pulseras rojas.

Repitió la misma ropa del día anterior, bajó corriendo las escaleras y se sentó delante del televisor. Comenzó a cambiar rápidamente de canal: dibujos animados, publicidad, el hombre del tiempo hablando, reportajes sobre la nieve...pero nada de nada en el canal 3.

—Pol, no cambies de canal continuamente. Deja lo que quieras ver, —dijo Judit casi sin que se le entendiera, mientras caminaba medio dormida con el periódico debajo del brazo y los ojos medio cerrados. Se fue a la cocina. Pol dejó por un momento la televisión y la siguió

—¿Qué hay para desayunar, mamá?

—No lo sé, ahora lo miro, —murmuró Judit, mientras calentaba el agua. Acabó de abrir los ojos y le sonrió.

—Estás muy guapa—dijo Pol.

—Tu también, hijo. Bien ¡Todo está a punto! Pero no podemos irnos hasta las nueve y media, ya lo sabes... No abren hasta esa hora.

Pol sintió un pinchazo en el estómago.

—Pero... ¿Saldremos esta mañana? —preguntó con ansiedad

Ella comenzó a prepararse un té.

—Como ves, ¡esta semana no me he olvidado! —dijo—. Te lo prometí el sábado pasado. Tus zapatillas nuevas, ¿recuerdas?

—¡Oh, no! No puedo salir esta mañana, mamá. A las diez en punto dan el capítulo final de Pulseras rojas. ¡Mis zapatillas de deporte pueden esperar a la semana que viene! —dijo atropelladamente Pol, un poco nervioso.



Judit se plantó delante de él, con las manos en las caderas y dijo un poco cansada.

—Pol, ¡todo esta organizado!



# Aprendiendo a rastrear

Sara es una niña de 9 años que estaba decidida a aprender a rastrear a partir del rastro que dejan las huellas. Como su padre no le podía enseñar lo que quería, decidió que aprendería por su cuenta. Pidió prestados a la biblioteca todos los libros sobre huellas de animales que encontró y memorizó cada palabra y cada ilustración que salía.

Para practicar, decidió utilizar el calzado de su familia e ir marcando las huellas en el arenero. Zapatos, sandalias, zapatillas deportivas, botas de goma... todo el calzado acabó en el patio.

Más de una vez, su padre o su tío Álex, cuando estaban a punto de salir de casa, gritaban:

—Sara, ¿dónde estás? Tráeme mis botas, por favor, las necesito para trabajar.

Sara tenía la costumbre de caminar con la mirada fijada en las personas que se movían delante de ella. Seguía los movimientos de todo el mundo que vivía o trabajaba en la granja. También tenía el hábito, un poco molesto, de preguntar a todo el mundo: “¿Qué quieres hacer en el canal con la bomba de agua, José?”, “¿Has encontrado en el garaje lo que buscabas, tía Marta?”, “¿Ya vigilas de no pisar el rastrillo, José?”, o “Mamá, ayer vino a visitarte un señor que llevaba unas botas del 44. ¿Quién era?”.

Después de memorizar las huellas de los zapatos de todos y todas, empezó a analizar las huellas de los animales, sobretodo de Pul y Pula, los caballos de la granja.

Todo el mundo pensaba que era una pesada y que lo que hacía era una tontería, pero, por otro lado, admitían que era muy buena en esta tarea. Su reconocimiento público llegó una noche mientras cenaban, cuando le dijo a su madre que Pula estaba coja de una pata de delante. Su tío Álex, el encargado de los animales, dijo que Pula estaba perfectamente. Sara insistió en que no era así. Explicó que en su huella se veía una pequeña división y, por lo tanto, cojeaba un poco.

En mitad de la cena todos y todas se levantaron de la mesa y se fueron a las cuadras.

Álex agarró a Pula y le inspeccionó las patas.

—Sara tiene razón. La uña está rota —dijo Álex.

—Ya os lo he dicho —respondió Sara—. Se puede ver en las huellas. Mirad. — la niña hizo que Pula se alejara, y continuó—. Mirad, ¿veis las huellas? Es fácil aunque haya mucho polvo. ¿No lo veis?

Los otros negaron con la cabeza.

—Sara, si eres capaz de ver, con este montón de polvo, que Pula tiene una pezuña partida, es que realmente eres muy buena —la felicitó Álex.